

5° Capítulo del Abad General OCist para el CFM – 30.08.2013

“Esta es la obra de Dios: que creáis en el que Él ha enviado” (Jn 6,29).

Ayer, citando estas palabras de Jesús en el Evangelio de Juan, he tocado quizá el núcleo de lo que entiende san Benito cuando habla del Oficio divino como de la “obra de Dios” y hemos quizá individualizado la razón profunda por la que la pone en el centro de la irradiación de la vida del monje. Volveremos sobre este texto, también porque poco después Jesús revelará que la obra de Dios por excelencia es su ofrenda eucarística (cfr. Jn 6,30-33), que en Benito es, del mismo modo, el centro dominical y pascual del Oficio divino, y, por lo tanto, el centro del centro de la vida del monasterio.

Pero antes de retomar y profundizar en el sentido de “obra de Dios” en el Evangelio, especialmente en el Evangelio de Juan, es necesario hacer una búsqueda bíblica preliminar, en textos que, con absoluta certeza, han influido mucho en san Benito en cuanto a su concepción de la liturgia y su papel en nuestra vida. Estos textos son los Salmos. En la Regla, los Salmos son la sustancia de todo el Oficio divino, de toda la obra de Dios que es el Oficio. Basta pensar que, en el caso en el que la comunidad se levante muy tarde, san Benito permite abreviar las lecturas y los responsorios, pero no omitir Salmo alguno (RB 11,12). Y sabed que en Capítulo 18 dice que el orden en el que son recitados los Salmos del Oficio se puede variar si no se está de acuerdo con lo que él ha establecido. Pero no admite en manera alguna que se deje de recitar el Salterio en una semana (RB 18,22-25).

Esto no sucede hoy casi en ningún monasterio, y hay razones importantes. Pero recuerdo esto para no perder de vista lo importantes que son los Salmos para san Benito. Si nos dispensamos del *número* semanal de los Salmos del Oficio, busquemos no dispensarnos de la *importancia* que los Salmos deben tener en nuestra oración. Si perdemos en cantidad, busquemos no perder la calidad, el valor que estamos llamados a dar a la oración de los Salmos en la Liturgia monástica y, en general, en la Liturgia de la Iglesia. Es en esto, sobre todo, en lo que podemos permanecer fieles a san Benito, incluso si recitamos menos Salmos de los prescritos por la Regla.

Ahora bien, pienso que son precisamente los Salmos los que han llevado a san Benito a elegir la expresión “*opus Dei*” para designar la liturgia comunitaria. En efecto, en los salmos se habla muchísimo de la obra de Dios, de las obras de Dios, de lo que Dios hace.

Este año, durante el período de vacaciones que hago cada año con algunos hermanos de Hauterive en una pradera de las montañas de la Gruyère, dado que la mayor parte del Oficio la recitamos personalmente, con frecuencia en medio de la naturaleza, he prestado particular atención a este tema de la obra de Dios al recitar los Salmos. Raramente he rezado los Salmos con tal intensidad. Era como si el tema de la obra de Dios fuese la clave para escuchar la razón profunda de la composición de los Salmos, y, por lo tanto, para sentir dentro de mi vida la justa resonancia de su mensaje, aquello para lo que han sido compuestos, y, por lo tanto, lo que Dios quiere decirme y hacerme entender y vivir a través de ellos. Recitándolos con esta atención, el mensaje de los Salmos no resonaba solo dentro de mí, sino también en todas las criaturas que

me rodeaban, los prados, los árboles, las rocas, los animales y los insectos, los habitantes de las montañas, los montes, las nubes, el cielo. Porque, en el fondo, los Salmos son como la partitura de la sinfonía de la obra de Dios, que toda criatura está interpretando por el hecho mismo de existir, que es realizada por Dios en este momento.

Pero la obra de Dios cantada por los Salmos no se limita a la creación, al mundo creado, a la naturaleza. Creando al hombre, y su libertad, la obra de Dios se hace también historia, el camino del hombre y, especialmente, la historia y el camino del pueblo de Israel.

En el fondo de este nivel histórico y existencial de la obra de Dios, se revela la obra más sublime y profunda que Dios haya podido hacer por nosotros: la obra de nuestra Salvación, la obra mesiánica y pascual culminada en Cristo muerto y resucitado por nosotros.

Todo esto es cantado, revelado, anunciado, por los Salmos, y rezar los Salmos quiere decir dejar resonar en nosotros el cántico de la obra de Dios que nos manifiesta su amor, su misericordia y que, por lo tanto, nos permite reconocer esta obra en acto, ahora, hoy, por nosotros, por cada uno de nosotros, y por cada hombre, incluso los más lejanos del conocimiento de Dios.

Ahora bien, todo lo que nos es revelado de la obra de Dios, nos revela a Dios. Los Salmos son oraciones que, cantando la obra de Dios, nos ponen en relación con Él, nos ayudan a reconocerle a través de sus obras. Orando los Salmos, el sentido de la obra de Dios profundiza en nosotros cada vez más, hasta convertirse en sentido de su presencia. Cuanto más se reconoce la obra de Dios en nuestra vida, en el mundo, en la historia, en la creación, más se reconoce a Dios que obra, la presencia de Dios que actúa, que crea, que conduce al pueblo, que salva. Porque en Dios no hay diferencia entre el ser y el obrar. Dios obra con su Ser. San Juan desvelará el sentido último de este misterio, de esta coincidencia en Dios entre el ser y el hacer: "Dios es amor" (1 Jn 4,16). Las obras de Dios manifiestan su presencia porque Dios es amor y obra todo en el amor que es.

Esto aflora siempre más claramente en los tres niveles de la obra de Dios que he enumerado. En la obra de la creación, la belleza y bondad de las criaturas ya manifiesta la belleza y bondad de Dios que las hace. En la historia de la salvación de Israel, el amor se manifiesta como predilección que elige un pueblo para revelarse como el Dios de Abrahán, de Isaac y Jacob, como Dios de relación, Dios de comunión personal. En la obra mesiánica y pascual, el amor de Dios se revela hasta el extremo en el don de Sí mismo hasta el sacrificio ya descrito misteriosamente en algunos Salmos, como el Salmo 21.

Intentaré en los próximos Capítulos recorrer, refiriéndome a los Salmos, estos tres niveles de la obra de Dios. Esto nos ayudará a profundizar en el espesor y el valor de la liturgia que san Benito nos pide poner en el centro de nuestra vida.

Fr. Mauro-Giuseppe Lepori OCist